



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE DICIEMBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

# Irrradiación de amor en hielo

## INTROITO

Nunca, es una palabra riesgosa y determinante; pero, hoy me parece la indicada: Nunca he sabido mentir, ni cuando es para bien de otros, menos del mío propio.

Soy una mujer que llegó a la edad adulta hace ya muchos años, y desde varios atrás, la Fe, no se me da. No sé qué soy exactamente, pero si sé lo que no soy, no soy económicamente rica (ni mucho ni poco), tampoco soy pobre. No soy despectiva con los creyentes, tampoco los envidio, solo admiro la fe en que viven; no así a los hipócritas; solo a quienes son honestos y congruentes entre su dicho religioso y su acción; a los otros, los tengo por sujetos de doble cara.

Viene esto a cuento, porque tengo un par de hijos creyentes, no como su madre, y hoy he escrito con el corazón en la mano, siguiendo la voz del que inicia y para empatar su cuento o historia-ficción, con el mío.

## LA VIRGEN Y EL FRÍO

CARLOS ALEJANDRO

Un cubo grande de hielo, de medio metro a cada uno de sus lados, se introduce en el agua fría acumulada en la tina de la bañera. Un joven delgado se encuentra inmerso en ella, con fiebre alta: sarampión, amigdalitis y escarlata. Es una bañera de color celeste y al fondo de ella, parece formarse una imagen. El joven tiembla por el agua helada. Lo único que pide es salir de ahí, secarse y meterse en la cama bajo las cobijas. Pero eso está prohibido: debe reducir su fiebre, no calentar su cuerpo. Al fondo de la bañera, ahora, cree ver la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Quince años mayor, de treinta cumplidos, un hombre brinda con su pareja mientras bebe un "saltamontes" a tres mil kilómetros de distancia de la casa de la bañera. Se encuentra desmoronando el miedo al frío, necesita quitarse ese miedo, más que el frío mismo. Allí, en el puerto de Boston, el agua de mar templada la temperatura y no le permite descender demasiado. Conoce la nieve, y su cuerpo se ha vuelto inmune a virus de gripe y a resfriados, gracias a una receta hindú que combina aguardiente y ajo. En el fondo del vaso, que sostiene en la mano, parece formarse una imagen que le resulta familiar.

Otros quince años mayor, cuarenta y cinco de edad, un hombre aspira profundo mientras da un sorbo a su té chai, recordando un par de semillas de frutos asiáticos. La memoria le trae el recuerdo gracias a una fotografía en blanco y negro: la que observa colgada en la pared de la cafetería en la que se encuentra, en la Ciudad de México. El vaso de cartón humea por el líquido hirviente.

Otro par de hombres en traje gris, alineados y con ahogada efervescencia, calzando zapatos negros y bien lustrados, pronuncian ciertas palabras, como: "hija", "esposa", "pregúntale". El espacio que ocupan en espera de su bebida caliente, concentra un aire de comportamiento "adecuado", casi refinado.

El invierno en la ciudad causa estragos solo entre "los otros", porque las mujeres adineradas visten botas y abrigos comprados en Europa. Los hombres de zapatos tenis, con sobrepeso y jeans ajustados debajo de la cintura, tampoco



sufren del frío.

Solo quienes viajan en bicicleta hacia la Basílica sienten el soplo del hielo sobre su piel morena. El viento no los detiene, ni la posibilidad de que les ocurra un accidente durante los varios kilómetros de carretera que habrán de recorrer; desde el pueblo hasta el santuario.

"Muy devotos", escucho decir al conductor del taxi, minutos más tarde. Lleva, al frente de su auto y amarrada con mecates al cofre, la imagen de la Virgen de Guadalupe. "Está en el Apocalipsis", continúa diciendo, "ahí aparece una mujer vestida de sol". En ese momento, el carro se detiene por la lentitud del tráfico en la carretera. "La simbología es muy importante. Lo de la serpiente y su escultura... Hay que creer, tener fe, para que el veneno de la picadura no tenga efecto".

A varios miles de kilómetros, simultáneamente esa noche, un sacerdote católico nórdico declara en Europa, ante la prensa, que el infierno no arde, porque es helado.

Esa noche en la Ciudad de México, la mujer pintada y envuelta por el sol calienta a los creyentes, como aguardiente que quema las entrañas. Algunos viven la mayor parte del año en un infierno de pobreza, sin acceso a nada: ni a comida sana, ni a casa ni a medicamentos. Pero reciben los rayos del sol, en libertad. ...cuando les llegan.

## EL MANTO AZUL CIELO

OLGA DE LEÓN

Cuando toda una generación de niños llegaron a bachilleres, sus padres supieron, por los brotes externos y en algunos casos internos -aún más grave y doloroso-, que en sus hijos a los quince años, ya fuera que hubiesen sido inyectados en sector público o privado, las vacunas no funcionaron. Y, a esa edad, se les presentaron los efectos y flagelos del

sarampión, varicela y alguna otra enfermedad; no sé si por adulteración intencional o no de las vacunas, corrupción o error humano.

Un joven se vio en dolorosa situación, ya que lo que a otros les brotó y hasta señales dejaron en alguna parte de su cuerpo, a simple vista perceptibles, por no soportar la comezón sin rascarse, en él, externamente nada había. Eso sí, tenía irritados y erosionados sus órganos internos, desde la cavidad bucal, garganta, laringe, esófago, intestinos. Todo, absolutamente todo por dentro, está con erupciones, les informó el médico: el mal no brotó. Su piel lucía, a ratos pálida, otros roja, pero limpia; sin embargo, la calentura era intensa. La madre, que poco para ese entonces recurría a la oración, dormitaba a los pies de la cama y pedía a la Virgen por su hijo. El ánimo de ese hogar se oscureció; pero, una luz que irradiaba afuera dejó que los rayos del sol entraran por cualquier resquicio de cortinas abiertas o ventanas descubiertas.

Traje de baño fue la ropa que vistió más de una semana; uno se empapaba en la bañera, otro seco le ayudaba el padre a ponérselo, cuando salía de aquel cubo de agua helada. Cierta día, mientras lo sumergían y él titiritaba de frío, sin hablar, con su mano derecha indicaba hacia el centro y el fondo de la tina de fierro fundido cubierto por cerámica azul celeste. Los padres no entendían qué quería mostrarles; solo lo veían cada vez más delgado. En diez días, había perdido diez kilos; la madre, seis.

El joven no podía ni siquiera tragar caldos fríos o tibios, todo le quemaba por dentro. A la madre la consumía la tristeza y la desesperación, no apetecía comer; pero sabía que debía estar fuerte, por ello tomaba algún alimento, al menos, una vez al día.

Una noche, mientras el resto de la familia descansaba, la madre que dormía

al lado de la cama de su hijo, sintió una mano que se posó en su hombro y creyendo que era el esposo, quien venía a relevarla se despertó. No era él, era el hijo que la ayudó a incorporarse y la llevó hasta el baño. -Quieres meterte una vez más al agua helada, le preguntó; -ahora está vacía, añadió. No, dijo el joven moviendo la cabeza y señaló el fondo de la bañera: la imagen de un manto azul cielo cuajado de estrellas estaba allí.

A la mañana siguiente, cuando todos despertaron, acudieron al cuarto: el hijo no estaba, tampoco la madre. Entraron a la cocina, y quedaron sorprendidos al ver al joven enfermo, vestido y desayunando; mientras la madre lo miraba, sin dar crédito al milagro.

En aquel hogar, nada cambió, todos siguieron simple y sencillamente respetando las religiones y cada uno con sus propias ideas. Pero nunca olvidarían que el día en que el joven salió de las altas fiebres, una noche antes, él señalaba el fondo del agua helada, como si la Guadalupana hubiese estado en aquella pileta azul celeste, sin que nadie la viera, excepto el hijo que sintió el abrazo de la Virgen envolviéndolo en su manto color cielo cuajado de estrellas.

A los pocos días, una petición de sus hijos llevó a los padres a consumir ciertos oficios religiosos. Afuera del templo, estaban un par de adultos y un niño en brazos de su madre; con rebozo la mujer, con apenas si un blanco calzón, el bebé, y en ropas muy humildes, el esposo y padre. Finalmente, salieron del templo y la humilde familia seguía allí, sentada sobre un petate, sin pedir limosna. Los recién salidos sintieron el corazón henchido de amor, al ver la luz que irradiaba la humilde familia cuando miraban a su niño. "Si tan solo fuese verdad", pensaba la madre; mientras sus hijos sonreían.



**Marguerite Yourcenar**

Poseedora de un refinamiento exquisito, la escritora de origen belga Marguerite Yourcenar es recordada a 30 años de su muerte, ocurrida el 17 de diciembre de 1987, por obras como "El jardín de las quimeras" y "Memorias de Adriano", en las que se refleja su amplio conocimiento sobre las civilizaciones antiguas y su afán por explicar las motivaciones humanas.

Marguerite de Crayencour nació el 8 de junio de 1903, en Bruselas, Bélgica. De madre belga y padre francés, adoptó la nacionalidad estadounidense en 1947, aunque su prolífica producción fue escrita en idioma gallo.

La poeta, novelista, dramaturga y traductora, publicó su primera novela "El jardín de las quimeras" (1921), a los 17 años. En ella pone de manifiesto su refinamiento como escritora e interés por reinterpretar los mitos griegos para adaptarlos al mundo moderno.

Un año después salió a la luz su colección de poemas "Los dioses no han muerto", a la que siguió la novela "Alexis o el tratado del combate estéril", que relata las opiniones de una artista que intenta dedicarse a su obra, pero tropieza con la oposición de su familia. Su primer viaje a Italia inspiró su novela "Denier de reve", en 1934, en la que establece la diferencia entre el sueño y la realidad.

En 1934, conoció a la estadounidense Grace Frick, con quien entabló una profunda relación. Al estallar la Segunda Guerra Mundial se trasladó de manera definitiva a Estados Unidos donde dio clases de Literatura Comparada, en el Sarah Lawrence College. Ya como Yourcenar tradujo al francés "Las alas", de Virginia Woolf, en 1937, y "Lo que Maisie sabía", del escritor Henry James.

Su obra "Zeno de brujas" obtuvo el premio Fémina en 1968. Aunque la crítica consideró "Memorias de Adriano" (1951) como su mejor obra. Otra novela histórica fue "Opus Nigrum" (1968), que narra la vida de un médico imaginario.

En 1971 publica "Teatro", que incluye sus obras teatrales en dos volúmenes. También escribió biografías sobre su primera vida familiar en "Mishima o la visión del vacío" (1981) y "Les Yeux ouverts: entretiens avec Matthieu Galey" (1980).

Para la crítica, el estilo literario de Yourcenar se transforma en cada una de sus creaciones, aceptando siempre nuevas retos como escritura. Sus textos reflejan su conocimiento de las civilizaciones antiguas y afán por comprender las motivaciones humanas.

En 1980 Yourcenar se convirtió en la primera mujer que ingresó en la Academia Francesa y en 1986 fue galardonada con la Legión de Honor francesa.

Marguerite Yourcenar murió a los 84 años de edad, el 17 de diciembre de 1987.

*ad pēdem literae*

*"Se puede ser feliz y seguir estando triste"*

**Marguerite Yourcenar**

**Letras de buen humor**

*"Hay pocos bipedos, después de Adán, que hayan merecido el apelativo de hombres"*

**Marguerite Yourcenar**

Joana Bonet

## La edad de las joyas

Hay un momento en que las mujeres empiezan a observar las joyas como nunca antes lo habían hecho. Coincide sabiamente con la madurez, y resume un estado de ánimo, también la constatación de que la felicidad imaginada acabó posándose sobre su dedo anular. Y, aun así, no basta, pues la felicidad siempre ocurre cuando la disfrutas, no cuando la tienes al alcance de la mano y no la puedes tocar.

Las he visto emboadas por el reflejo de una piedra propia o ajena, y mover la muñeca adivinando el clin-clin de las pulseras, que les alivia el peso del día. Algunas se tocan las orejas con frecuencia, temerosas de volver a perder un pendiente. No es dolor ni pena. Tampoco avaricia. Perder una joya apreciada es una derrota. Como si, al extraviarse ese talismán secreto, dimitiera una parte de ti que durante un tiempo se simbiotizaba con aquel anillo que te perfilaba gracias a su costumbre, igual que el color del pelo.

Las joyas encapsulan un amor tocable y accesible. No siempre permanece viva la historia que contienen, porque más allá

del mensaje con que las recibiste, aquel anillo de pedida, aquellas cursilonas pulseras apodadas nomeolvides, o unos pendientes comprados en un mercadillo azteca, van contigo a todas partes. A menudo ocurre que el anillo se ha enroscado con tal costumbre en el dedo que, cuando no lo llevas, te sientes extraña. Peor que si hubieras olvidado las gafas. Tu dedo se siente huérfano, incómodo, y hasta que introduces el aro en él no se queda complacido. Las mujeres aprecian muy concretamente las joyas, se hacen halagos, y al tocarlas corren unos segundos de electricidad sobre la piedra azul, el aguamarina o la gota roja del rubí. No importa que sean falsas, o mejor dicho de fantasía, dulce eufemismo del cual Coco Chanel fue su más ferviente defensora, pues aseguraba que las joyas fastuosas eran un signo de que la mujer quería convertirse en objeto del hombre, mientras que consideraba mucho más chic la bisutería. "Lleva más adornos que un árbol de Navidad", decía, y hoy lo seguimos repitiendo, condenando el mal gusto de lo excesivo.



En los años noventa, escuché en París que la edad para llevar brillantes coincide con el volumen de los bolsillos de una mujer: cuando los puedan comprar. Se sobrentendía que difícilmente sería antes de los cuarenta. Hoy, la generación posmiliurista que ha tenido que empeñar sus cuatro alhajas para poder comer barre esa teoría retributiva según la cual a más

edad, mayor prosperidad. La crisis ha exigido que muchas poseedoras de joyas terminaran vendiéndolas en un heroico acto de desprendimiento, la estrechez asfíxia. Aunque el oro nunca debería ser un valor más estable que los sentimientos que un día revistieron aquella pieza, una vez convertida en el pan de cada día.